

Ofrendas de Llamas en la Vida Ceremonial de los Pastores

DE LA PUNA DE MOQUEGUA (PERU) Y DE LA PUNA
DE ATACAMA (ARGENTINA), Y CONSIDERACIONES
HISTORICO-CULTURALES SOBRE LA
GANADERIA INDIGENA

HORST NACHTIGALL

EN MI ULTIMO VIAJE a Sudamérica (1962), tuve oportunidad de estudiar los rasgos de la vida ceremonial de los criadores de llamas y alpacas que habitan la Puna de Moquegua (Perú) y la Puna de Atacama (Argentina). Se trata de genuinos criadores de ganado que, además de llamas y alpacas, en la mayoría de los casos crían también ovejas. El ambiente geográfico de estos criadores alcanza generalmente 4,000 metros y más; esto es, está situado siempre demasiado alto para practicar cualquier clase de agricultura. Son grupos sedentarios y habitan en casas rectangulares, con techo a dos aguas, cuyas paredes constan, en parte, de bloques de adobe y, en parte, de piedras no canteadas.

Tuve ocasión de estudiar la vida ceremonial de los criadores de llama argentinos en época de Carnaval, y la de los criadores de llama peruanos durante los meses de julio y agosto, que son igualmente de gran importancia para la vida ceremonial, puesto que las ceremonias que proporcionan la multiplicación de los

animales tienen lugar alrededor del 25 de julio, día de Santiago, patrono protector de las llamas. Agosto es, además, el mes de las ceremonias en honor de los antepasados, a quienes imaginan habitando bajo la superficie de la tierra.

Doy por conocida la difusión geográfica de la llama y alpaca. En la época de la Conquista correspondía principalmente a la extensión del Imperio Incaico. En la actualidad, la difusión ininterrumpida de la llama comienza en Cerro de Pasco, Perú Central, y alcanza hasta el Noroeste argentino. Existe un pequeño centro de difusión en Ecuador Central, alrededor de Riobamba.

Las ceremonias aquí tratadas no se celebran en muchos lugares. Es, sin embargo, notable que ya desde la época preincaica se conozca un ceremonial, sin duda semejante, en el extremo meridional del área de difusión de la llama, en la provincia de Tucumán (Argentina). Stig Rydén ha dado a conocer en 1932 (ICA 25, 2; 1934; pág. 158), un grupo cerámico de la cultura prehistórica de La Candelaria que representa llamas, en el cual la llama macho se destaca por las borlas en las orejas, signo todavía hoy típico de la celebración de la Señalada, es decir, de la marca de los animales. Este hallazgo es importante, prueba que el ceremonial correspondiente no fue difundido por primera vez por los incas hacia el Noroeste argentino, sino que es varios cientos de años más antiguo y constituye un indicio de la gran antigüedad histórico-cultural de la cría de llamas, así como de las ceremonias que discutiremos a continuación (Fig. 1).

Durante la tarde anterior a la ceremonia de la Señalada de la Puna de Moquegua, tiene lugar la "Víspera", en la que arden frente a todas las casas bloques de musgo. Al mismo tiempo se quema cierta cantidad de las llamadas "irantas". Estas son manojos de hierbas resinosas, mezcladas con un determinado número de hojas de coca, polvo de óxido ferroso llamado "Santa Taco", y algo de grasa de pecho de llama o alpaca. Estas "irantas" se queman casi diariamente, ya sea en honor de la Pachamama —la sagrada Tierra— o en honor de los sagrados cerros. Para las grandes ocasiones ceremoniales se necesita, naturalmente, un gran número suplementario de "irantas". De ello resulta que los indígenas de estos lugares no pueden comer grasa porque necesitan para sus ofrendas ceremoniales la totalidad de la grasa proporcionada por los animales sacrificados con fines sagrados o profanos*

Sin pasar a enumerar los múltiples detalles, para la ceremonia misma del día de fiesta siguiente se necesitan vasijas zoomorfas —que representan llamas o alpacas—, las cuales se llenan con chicha que, en determinados pasajes de la ceremonia, se vierte sobre los animales (Fig. 2). Considero probable que también las magníficas representaciones lícitas de alpacas-conopas que se encuentran en muchas colecciones, hayan servido antaño para el mismo fin de la Señalada o de la “tinka”, como se designa la ceremonia en quechua.

La ceremonia de la Señalada o “tinka”, digámoslo por adelantado, es una boda ceremonial, organizada para tornar prolíferos a los animales nacidos durante el curso del año anterior. Con un ritual que dura muchas horas, se les reúne en parejas, asperjándolos con chicha, cerveza y alcohol y arrojando sobre ellos hojas de coca; luego se les amarran borlas de lana en la pelambre y, además, a los machos elegidos se les cuelgan dichas borlas en las orejas. Ocasionalmente, se les unta también con una tintura roja de óxido ferroso y, finalmente, se les tiende, siempre por parejas, sobre una manta (Fig. 3).

El corte de la punta de las orejas —de allí el nombre de Señaladas o marca— que se observa, sobre todo, en el Norte de Argentina, ha sido adoptado a partir de la costumbre española de marcar así a las ovejas, pues las llamas se destacan individualmente por su color y no precisan de esta marcación suplementaria. Esta tampoco ha sido adoptada en todo el Perú, sino sobre todo en la Puna de Atacama, según lo que allí he observado. También allí se realiza con un degüello el sacrificio final de una llama o una alpaca.

Otra forma de matar a estos animales se observa en la Puna de Moquegua, donde los sacrificios de llamas todavía se realizan arrancándoles el corazón, y no únicamente con motivo de la Señalada o “tinka”, sino también como ofrendas a los seres superiores, en caso de enfermedad; también cuando se construye una casa, y en honor de los antepasados, para enumerar solamente los casos principales. Es interesante también al respecto que a la Pachamama se le ofrenden, además, fetos de llama adornados con papel plateado y dorado, en medio de hojas de coca y de vasijas de chicha y polvo de óxido ferroso del “Santa Taco” (Fig. 4).

El método de sacrificio de llamas mediante la extracción del corazón ha sido publicado en varias ocasiones, según un dibujo

del siglo XVI, de la obra de Guaman Poma de Ayala (Fig. 5). El dibujante no fue, por lo demás, un testigo ocular, pues el sacrificador no busca el corazón en el lugar correspondiente; además, éste debe introducir su brazo en el cuerpo del animal por el costado derecho para alcanzar el corazón en el izquierdo.

Como ya hemos visto en el dibujo de Poma de Ayala, también durante los sacrificios actuales de llama que realizan los aborígenes, una mujer debe sostener la cabeza del animal, cerrándole el hocico para que éste no pueda respirar ni llenar sus pulmones de aire, ya que de otro modo el sacrificador podría introducir su mano difícilmente para arrancar su corazón. Este abre el costado derecho del animal con un cuchillo, rasga el diafragma con la aguzada uña del pulgar, y, por delante de sus pulmones y el corazón extiende el brazo hasta la garganta, desgarrando la carótida. Entonces extrae el corazón, que aún debe latir, de un sólo tirón y, finalmente, los pulmones y el hígado; a continuación llena un vaso de madera —“khero”— con sangre, regando con ella la tierra en honor a la Pachamama y en dirección a los cerros. Se deposita el corazón y los pulmones sobre los instrumentos musicales ceremoniales —flauta de Pan y tambor— y la sangre restante se vierte en una fosa para la Pachamama (Fig. 6). Los participantes comen los pulmones, y el hígado es incinerado en honor de los seres sagrados. Finalmente, se come al animalito; pero, al descuartizarlo, cocinarlo y gustarlo no debe romperse ni perderse siquiera un hueso.

A la mañana siguiente se excava una fosa en el corral, y en torno a ella se cuentan los huesos ya descarnados del animal sacrificado y se los agrupa en el orden correspondiente (Fig. 7). En caso de que falten uno o dos huesos, se les reemplaza con dos mazorcas de maíz, puesto que la Pachamama puede dar origen a un nuevo animal a partir del esqueleto entero. Los huesos en todo caso intactos, se depositan entonces cuidadosamente en la fosa, junto con coca, “Santa Taco” e “irantas”. La ceremonia se cierra con un abrazo ceremonial de todos los participantes sobre una piedra que conmemora la ofrenda de los huesos, junto con el cual se intercambian augurios sobre el éxito de la ofrenda.

No quisiera discutir en este momento los problemas con los sacrificios de llamas, pero me gustaría, no obstante, destacar algunos puntos de vista. La figura espiritual más importante en la vida ceremonial de los criadores de ganado es la Pachamama, la Madre-Tierra, otorgadora de fertilidad a los animales. Un papel de menor importancia juegan los cerros y, en algún caso,



Fig. 1. Llamas con "flores" (borlas en las orejas), en la ceremonia de la "tinka". El propietario del ganado (derecha) esparce "Santa Tako" sobre los animales (Puna de Moquegua)



Fig. 2. La "mesa" con los utensilios ceremoniales más importantes: Parejas de vasos de madera (kheros), que se usan más frecuentemente, conteniendo chicha; la vasija en forma de llama, una "iranta" con grasa de pecho y conchas con "Santa Tako" (Puna de Moquegua);



Fig. 3. Boda simbólica de las llamas de un año (Puna de Atacama).



Fig. 4. Ofrenda de un feto de llama, adornado con papel dorado y plateado, a la Pachamama (Puna de Moquegua).

IÑIS Q̃MATA EL CARNERO

Los carneros como en tiempo de yulatra mek lamano
al derecho del corazón q̃ no mata aicuno como enestha

po de cristiano q̃ de quelle el p̃sue

so del carnero q̃ es hechero

yulatra q̃ mata al uso

antigo y sea castro

gaboyã yã
enestha



Fig. 5. Sacrificio de la llama mediante la extracción del corazón (según Guaman Poma de Ayala).



Fig. 6. Sacrificio de llama: El sacrificador abre el costado derecho del animal e introduce la mano derecha en el cuerpo de éste. La mujer del propietario del ganado mantiene el hocico del animal cerrado. Dos mazorcas de maíz se han depositado delante y se quema una "iranta", cubeta de piedra (Puna de Moquegua).

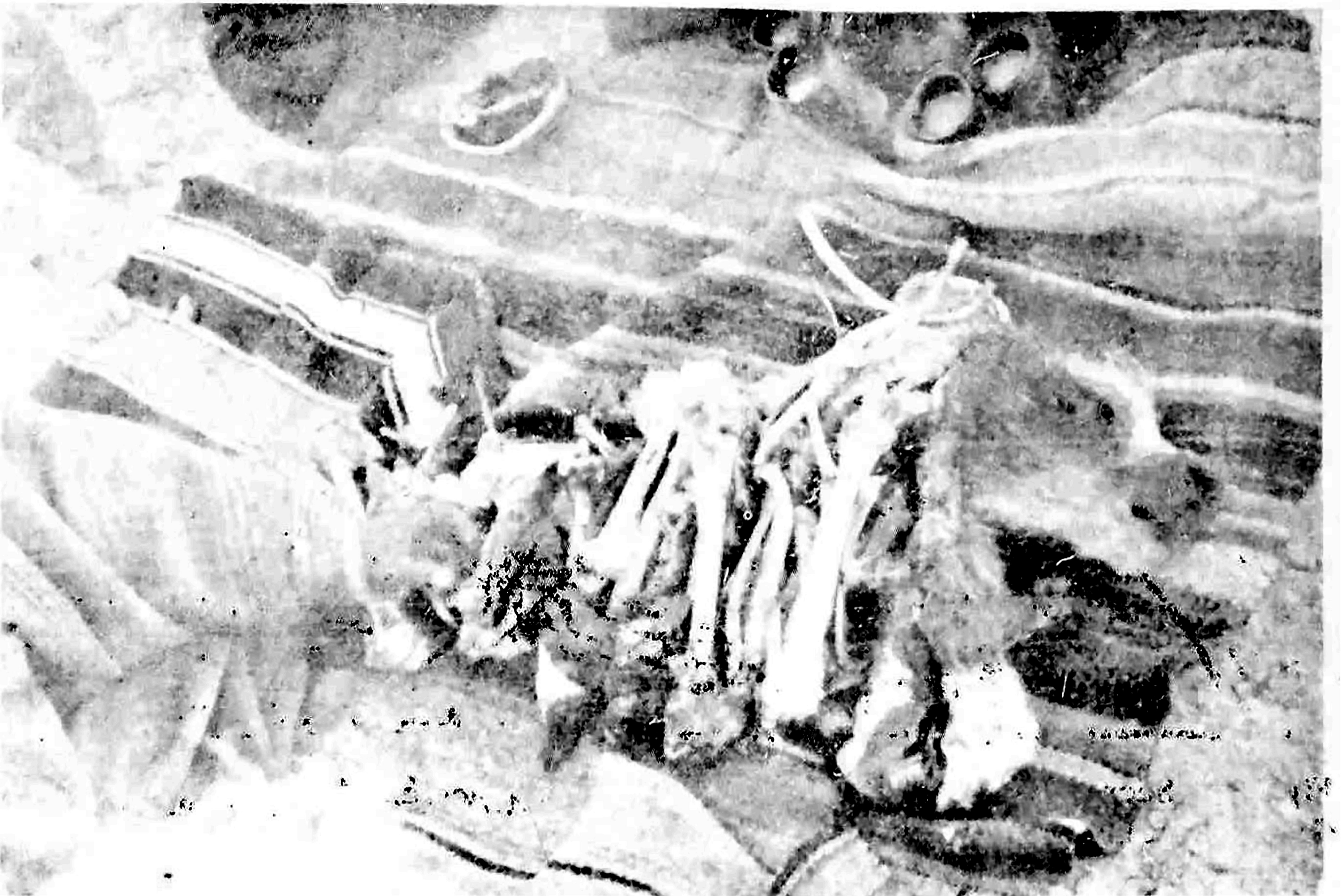


Fig. 7. Antes de la inhumación ceremonial de los huesos del animal sacrificado, se les agrupa en el orden correspondiente y se comprueba si están completos (Puna de Moquegua):

también los ríos que provienen de ellos. La Pachamama —acerca de cuya significación y de la difusión geográfica de su culto se está elaborando en este momento una tesis— es, no obstante, en otras regiones de América del Sur una deidad típicamente agraria, un ser venerado por agricultores. Llama la atención que seres atmosféricos como el Sol, la Luna o las estrellas, no juegan absolutamente ningún papel en el culto de los criadores de ganado. Nos permitimos por ello hacer notar, en la vida ceremonial de éstos, un fuerte componente que, en otras regiones de Sudamérica andina, es típico para los agricultores.

En relación con esto hay que destacar todavía algo más: en la Puna de Moquegua del Perú viven dichos genuinos criadores de ganado a una altura que sobrepasa los 4,000 metros; la agricultura termina ya, en cambio, 1,000 metros más abajo. Para todas las ofrendas en honor de la Tierra, es decir, de la Pachamama, que realizan los agricultores de las regiones más bajas, deben obtener llamas y fetos de llama de los pastores de las regiones altas. La ofrenda misma es también realizada por los curanderos de estos últimos, ya que “ellos la comprenden mejor”. En cambio, para realizar ofrendas a los antepasados, que se consideran viviendo bajo tierra, se precisan fetos de cerdo que, naturalmente, no poseen los criadores de ganado; los obtienen, casi siempre por intercambio, de los citados agricultores.

En otras palabras: como ocurre en todo el mundo, los criadores de ganado indígenas no pueden vivir exclusivamente de sus animales, sino que la base de su alimentación la constituyen los productos vegetales. Por ello es evidente la dependencia económica de los pastores con respecto a los agricultores, y también, como acabamos de verlo, la dependencia cultural. Ambos, tanto agricultores como criadores de ganado, no pueden subsistir ni económica, ni culturalmente sin el intercambio mutuo de sus productos.

Esto nos conduce al problema del origen de la cría de animales en Sudamérica. En este breve informe no quisiera referirme a los aspectos zoológico y arqueológico del mismo, que discuto ampliamente en un libro mío: *Indianische Fischer Feldbauer und Viebzüchter, Beiträge zur peruanischen Volkerkunde*, Berlin 1966 (Pescadores, agricultores y criadores de ganado indígenas, contribución al estudio de la etnografía peruana). Quisiera limitarme a algunos datos etnográficos.

Es indudable que el poblamiento permanente de las altas tierras andinas fue recientemente posible, por encima de los límites de cultivo de cereales y tubérculos, gracias a la cría de llamas. La cría de llama y alpaca —es decir, la cría americana de ganados mayores— se encontraba, además, en la época de la Conquista, tan sólo en el área de los grupos agrícolas andinos. Si uno quisiera atribuir a los grupos cazadores la domesticación de la llama y alpaca, o por lo menos la asimilación a los hábitos de la vida de estos animales, tendrían que haberse encontrado, en la época de la Conquista, no solamente cazadores en las tierras bajas sudamericanas, sino también criadores de ganado. Sin embargo, esto no es el caso. Puesto que ningún indicio arqueológico permite arribar a otra conclusión, debemos suponer, por ahora, que la domesticación de los camélidos americanos ocurrió inmediatamente después de que se descubriese o se introdujese el cultivo de la tierra en el área de los grupos agrícolas.

Según esta hipótesis, podemos deducir que la llama debió haber tenido lugar en el área peruano-boliviana, puesto que es allí donde se encuentran concentrados tanto los auquénidos salvajes como los domesticados, y donde se comprueban las evidencias arqueológicas más tempranas.

Según esto, debemos preguntarnos a qué altitud geográfica fue más pronunciado el impulso domesticador: en las altiplanicies o en las tierras bajas. Es suficientemente conocido el hecho de que en las tierras bajas cercanas a la costa se encuentran en todas partes animales productores de carne, peces, moluscos y animales de caza, además del conejillo de Indias (cobayo), que se encuentra hasta unos 3,000 metros de altura. Por lo tanto, existían en las tierras bajas suficientes alimentos ricos en proteínas. La materia prima para la vestimenta, en las tierras bajas y regiones situadas a menos de 3,000 metros sobre el nivel del mar era el algodón, que las culturas que poblaban estas regiones producían en cantidad suficiente.

En las frías altiplanicies, los camélidos —cazados en un primer momento— eran necesarios como productores de carne e irremplazables como proveedores de lana. La domesticación de estos animales, según las mismas reglas que rigieron para la domesticación de plantas, fue posible en el instante en que se quiso habitar permanentemente las altiplanicies andinas. Sobre la base de estos principios económicos, la domesticación de los camélidos

americanos debió haber sido llevada a cabo con éxito en las regiones más altas de los Andes peruano-bolivianos por grupos agrícolas.

Podemos igualmente mencionar, sólo de paso, el problema de la cría indígena de ganado mayor en su dependencia o independencia con respecto a la del Viejo Mundo. No hallamos en América —en contradicción siempre con los tipos culturales similares de criadores de ganado mayor del Viejo Mundo— el aprovechamiento de la leche ni de los productos derivados de ésta ni de la sangre de los animales. Los camélidos americanos no se utilizan tampoco como animales de silla ni como animales de tiro, sino sólo para transportar carga. Falta también la vestimenta de cuero o piel, ya que estos criadores de ganado usan exclusivamente tejidos, al igual que los grupos agrícolas americanos. Aún más: no hay en América migraciones nomádicas y, por lo tanto, tampoco tiendas o formas similares de viviendas ni, en consecuencia, el mobiliario correspondiente, apropiado para una vida nómada. Por el contrario, se utilizan, tal como lo hacen los grupos agrícolas, corrales para el ganado y numerosas vasijas de alfarería para cocinar y para la preparación de chicha. Falta también la alimentación adaptada a la vida nómada, consistente en carnes asadas a la parrilla o al asador, sobre un fuego abierto.

En la estructura social no encontramos: la gran familia, la solidaridad de sipe, la estratificación social según el número de cabezas de ganado poseídas, tampoco la capacidad de conducción política ni la tendencia a la constitución de dominios políticos. No existe la nobleza ni una modalidad guerrera, ni se advierte un sentimiento de superioridad con respecto a los grupos agrícolas.

En el aspecto religioso, no existe entre los criadores de ganado americanos: la sacralidad de la llama, los trofeos de llama, la identificación de la misma con los antepasados, la presencia de llamas en el culto a los muertos, el carácter totémico de dicho animal ni su utilización como oráculo; sino que, por el contrario, aparece la veneración típicamente agraria y manifiesta en todos los ámbitos de la vida, de la Pachamama como Madre-Tierra.

Todo esto prueba que la cría de ganado mayor indígena debe haber surgido independientemente de la del Viejo Mundo. De acuerdo con el inventario etnográfico, del cual aquí sólo puede mencionarse brevemente el ritual de ofrendas —la mitología correspondiente debió pasarse por alto—, se puede deducir que, en

una época temprana —después de la introducción de la cría de ganado mayor como consecuencia del conocimiento de la agricultura—, el cultivo de la tierra y la cría de ganado mayor debieron ser practicados como forma de economía mixta por un grupo humano. A raíz de influencias foráneas —en la Puna de Moquegua, posiblemente, a raíz de la Conquista incaica— se produjo una separación especial y económica entre cultivadores y criadores de ganado, los cuales, tanto antes como después de dicha separación, son económica y culturalmente dependientes entre sí. Esto evidencia que los criadores indígenas de ganado mayor, especializados exclusivamente desde el punto de vista económico en la gran ganadería, se constituyeron como rama económica independiente en época relativamente tardía, a partir de una forma económica mixta agrícola-ganadera.

NOTA.

Es de notar que, según la concepción de los indígenas, la chicha y la coca son indispensables para las ceremonias. Sin embargo, para el uso diario preferirían otros dos estimulantes: goma de mascar y gaseosas. La goma de mascar —según me aseguraron en forma unánime— da más fuerza que la coca, y las gaseosas proporcionan más alegría que el alcohol y la chicha. Desgraciadamente, estos estimulantes son muy caros para los compradores de modo que pueden permitírseles raramente. ¿No podría el Estado peruano vender más caros el alcohol y la coca, y subvencionar —con esta ganancia— goma de mascar y gaseosas a un precio conveniente para los indígenas?